

DOI: 10.22403/UQROOMX/RMC09/01

INTERNATIONALS IDENTITIES
AND REGIONAL COOPERATION REGIONAL
IN THE CARIBE

ANTONIO GAZTAMBIDE-GÉIGEL
*Universidad de Puerto Rico-Río Piedras
y Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe*

RÉSUMÉ

Diverses identités internationales se manifestent autour du concept de Caraïbe. Cet essai explore l'interaction entre les identités caraïbes, les efforts de coopération régionale, la façon dont, depuis la Seconde Guerre Mondiale, elles se sont tour à tour renforcées ou affaiblies mutuellement. On souligne les expériences articulées autour des "*identités West Indies*" et celles de la Grande Caraïbe, tout en examinant comment l'intervention des autres a gêné, enrichi, compliqué et la coopération et son analyse.

SAMENVATTING

Rond het concept van het Caraïbisch gebied bestaan er diverse internationale identiteiten. Het artikel onderzoekt de interactie tussen de Caraïbische identiteiten en de initiatieven van regionale samenwerking sinds de Tweede Wereldoorlog, vooral de manier dat ze elkaar hadden gestimuleerd of geblokkeerd. De auteur haalt naar voren de identiteiten gerelateerd aan de "West Indian" en de "Grancaribeña" ervaringen en laat zien hoe de andere identiteiten de regionale samenwerking hadden verrijkt of bemoeilijkt.

IDENTIDADES INTERNACIONALES Y COOPERACIÓN REGIONAL EN EL CARIBE

ANTONIO GAZTAMBIDE-GÉIGEL
*Universidad de Puerto Rico-Río Piedras
y Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe*

RESUMEN

En torno al concepto de Caribe coexisten diversas identidades internacionales. Este ensayo explora la interacción entre las identidades caribeñas y los esfuerzos de cooperación regional desde la Segunda Guerra Mundial, las maneras en que se han apoyado y desestimulado mutuamente. Se centra en las experiencias articuladas alrededor de las identidades West Indian y grancaribeña, pero explora cómo las demás han atravesado, enriquecido y complicado tanto la cooperación misma como su análisis.

ABSTRACT

Diverse international identities surround the concept of Caribbean. This essay explores the interaction of Caribbean identities and the efforts of regional cooperation since the Second World War, and in particular, the ways in which they have helped and hindered each other, mutually. The paper focalizes on the experiences articulated around the West Indian and Greater Caribbean identities, but also explores how the other Caribbean identities have traversed, enriched and complicated both regional cooperation itself, and its analysis.

Estamos en el tiempo de las identidades.* Durante la primera mitad de este siglo florecieron en África y Asia identidades nacionales como las que habían surgido desde la centuria anterior en Europa y América. Con la revolución anticolonial, después de la Segunda Guerra Mundial, muchas de éstas se constituyeron en estados nacionales y nutrieron las relaciones internacionales. Así, las relaciones entre *estados-nación*, que en 1900 se reducían a la interacción entre unas docenas de gobiernos europeos y americanos, se ampliaron para incorporar cientos de nuevos estados.

Este proceso estimuló viejas y nuevas *identidades internacionales*.¹ Principal, pero no exclusivamente, regionales. Las identidades internacionales se han constituido en las fuerzas centrípetas y centrífugas de la interacción global. Algunas son continentales, como la americana, la europea o la africana. Otras son culturales, como la árabe o la hispanoamericana. Y hay algunas más ambiguas que se refieren a instancias geopolíticas, tal es el caso de la tercermundista, la latinoamericana o la caribeña.

En torno al concepto de Caribe, coexisten diversas identidades internacionales. La más generalizada —porque corresponde a antiguas identificaciones regionales— tiende a hacer de *caribeño* sinónimo de antillano o *West Indian*. Recientemente, sin embargo, se ha fortalecido la identificación de caribeño con la llamada cuenca del Caribe o Gran Caribe. En esta área del Caribe se manifiestan además las identidades hispano-, ibero- y latinoamericanas y otras subregionales, como la centroamericana.

Estas múltiples y a menudo contradictorias identidades han sido un factor importante en las relaciones internacionales del área. Ha llegado el momento de un mayor debate en torno al concepto de identidad y sus múltiples manifestaciones en diferentes niveles. Este ensayo explora la interacción entre las identidades caribeñas y los esfuerzos de cooperación regional desde la Segunda Guerra Mundial, las maneras en que se han apoyado y desestimulado mutuamente. Se centra en las experiencias

* La versión original de este trabajo fue presentada ante el Seminario Internacional *Los estudios de relaciones internacionales en las Américas: reflexiones de fin de siglo*, Caracas, Venezuela, 12 al 14 de noviembre de 1997. Agradezco los comentarios y sugerencias de múltiples colegas y estudiantes desde entonces, incluidos los evaluadores de esta Revista.

¹ En este ensayo utilizo el concepto de *identidad*, no en el sentido de “idéntico”, sino en el de “identificación”, que puede ser externa o interna, o “sentido de pertenencia”, que siempre es interno.

articuladas alrededor de las identidades West Indian y grancaribeña, pero explora cómo las demás han atravesado, enriquecido y complicado tanto la cooperación misma como su análisis.

I. IDENTIDADES INTERNACIONALES Y TRANSNACIONALES EN EL FIN DE SIGLO

Debemos distinguir entre las identidades internacionales y aquellas *transnacionales*. Las segundas son expresiones multinacionales de las variadas identidades de género, de clase y de sectores etnoculturales que la llamada democracia de masas estimuló en el interior de esas sociedades. Las mujeres, los trabajadores y los indígenas, por mencionar sólo los casos más comunes, articularon luchas y movimientos de solidaridad que se tradujeron en identidades que ahora llamamos transnacionales (Mato, 1994).

Éstas son tan antiguas como, por ejemplo, las asociaciones internacionales de trabajadores del siglo pasado. Pueden —como aquellas— organizarse en unidades o representaciones de tipo nacional. Pueden también limitar sus relaciones a compartir experiencias y problemas comunes y cierto grado de solidaridad. Algunas identidades transnacionales de hoy, sin embargo, tienen una fuerte dosis de globalidad que trasciende a la solidaridad limitada e inconsistente. La más notable parecería la del movimiento ambientalista internacional, pero el auge de las organizaciones no gubernamentales (ONG) y el creciente énfasis en la sociedad civil nutren una cierta globalización de las relaciones transnacionales.

Las identidades internacionales, por su parte, agrupan estados-nación o territorios en una parte del globo. No obstante, no todas son continentales o regionales (en el sentido de un grupo de estados contiguos).² La Liga Árabe, por ejemplo, reúne a todos los países que tienen ése como idioma oficial, mientras que la identidad hispanoamericana ha pretendido unir a las sociedades que usamos el español.

Hay también algunas identidades internacionales que, aunque siguen agrupando estados-nación o territorios, son imprecisas, por ejemplo, la

² Mato (1994, 252) las llama *pannacionales* para distinguirlas de las regionales en el sentido de partes de países.

tercermundista, originada en el contexto de la Guerra Fría y los imaginarios del desarrollo económico y la descolonización (Gaztambide, 1991). La idea de un Tercer Mundo pretendió unificar a todos los países que procuraban una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo, a la vez que se asumió como identidad de aquellos “subdesarrollados”. Su principal y más temprana expresión organizada fue el Movimiento de Países No Alineados, cuyo único requisito era no pertenecer a uno de los pactos militares de las superpotencias.

Las identidades caribeñas

Otra muestra de las identidades ambiguas son las que aquí nos interesan: la latinoamericana y las caribeñas. La idea de una América Latina se originó en Francia en el segundo cuarto del siglo XIX. En la segunda mitad del siglo fue adoptada por algunos latinoamericanos, pero rechazada por otros. Según Lulú Giménez: “...ni el latinoamericanismo se impone como tendencia, ni la denominación de América Latina es oficialmente legitimada hasta la década de los cuarenta del presente siglo” (1990, 64).³

Al igual que la latinoamericana, las identidades caribeñas eran originalmente del tipo “externo”. Es decir, comenzaron como proyectos de identidad articulados desde afuera. Aquí, los proyectos resultaron de la irrupción del imperialismo de Estados Unidos sobre la región que ellos denominaban *Caribbean* (Gaztambide, 1996a).

A pesar de ello, bajo el concepto de Caribe coexisten diversas identidades internacionales. La más generalizada hace de caribeño sinónimo de antillano o West Indian y suele incluir a los habitantes de las Guyanas y de Belice, aunque puede llegar hasta las Bahamas y Bermuda. Es la más frecuente por ser la única que coincide con el uso más antiguo, con identidades internas y con los más tempranos proyectos de cooperación.⁴

Recientemente se ha fortalecido la identificación de caribeño con la identificación de la llamada cuenca del Caribe o Gran Caribe, que suele

³ Giménez (1990, 59-67) resume al respecto el estudio de Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, CELARG, 1980.

⁴ Sobre la clasificación de las identidades en éste y los próximos párrafos, véase Gaztambide (1996a, 84-92).

incluir a las sociedades de América Central y Panamá, Venezuela y por lo menos partes de Colombia y de México. Como veremos, la han asumido algunas elites sobre todo de las “potencias regionales” desde la Segunda Guerra Mundial, pero sólo se popularizó a partir de la política estadounidense hacia la región en la década de 1980.

Con estas identidades coexiste la única de origen y uso casi exclusivamente externo, la que incluye sólo a las Antillas, América Central y Panamá (las regiones donde se experimentó la mayor parte del intervencionismo de Estados Unidos); que es conocida como Caribe *geopolítico* y que es a la vez la visión más consistente entre quienes han utilizado el concepto con alguna precisión en los Estados Unidos.

De manera simultánea, se ha ido articulando en la región una identidad que podemos considerar transnacional, de carácter etnocultural y que hace de caribeño sinónimo de “afroamericano central”. La misma comprende, entonces, a las sociedades afroamericanas que quedan entre el sur de Estados Unidos y el norte de Brasil, pero sin incluir a esos dos países. Atravesando y complicando tanto la cooperación como su análisis, ya hemos mencionado que en todos estos Caribes se manifiestan además las identidades hispano-, ibero- y latinoamericanas y otras subregionales, como la centroamericana.

Antecedentes en las identidades y en la cooperación

Las ideas y proyectos de cooperación e integración regional vienen circulando en el Caribe desde el siglo XIX. El origen mismo de algunas repúblicas latinoamericanas bañadas por el Caribe fue originalmente federativo. Así sucedió en Colombia, Ecuador y Venezuela, además de en Centroamérica. En el resto del Caribe hispano, revolucionarios cubanos, dominicanos y puertorriqueños propusieron la idea de la “Federación Antillana” (o la “Confederación de las Antillas”). Más importante aún, dominicanos y puertorriqueños pelearon en las guerras de independencia de Cuba y todos conspiraron por la de Puerto Rico.

En los territorios de las demás potencias europeas, la propia continuidad del colonialismo proveyó estructuras coordinadas e intentos de administración conjunta. Esto ocurrió cuando Gran Bretaña, el imperio con más territorios, estableció una administración conjunta de las Islas de Sotavento. Varias “comisiones reales” propusieron —sobre todo a partir

de la abolición de la esclavitud— diversas fórmulas federativas que hicieran más eficiente y menos costosa la administración de las colonias (Lewis, 1968).

Antes de eso, tanto el contrabando como diversas formas de comercio legal habían creado redes de comunicación entre territorios de las diversas potencias. A partir de 1791, la resistencia de los esclavos hizo de Haití una mítica tierra prometida a la que se debía emular o, en algunos casos, huir. La lucha abolicionista también creó redes de comunicación y cooperación, sobre todo en las colonias británicas.

Irónicamente —y en parte por el distanciamiento del resto del Caribe— la noción de una identidad antillana se debilitó en el Caribe hispano después de la guerra cubano-hispano-estadounidense. La “búsqueda de identidad” que se desató entre los hispanohablantes a partir de la entrada en escena del imperialismo estadounidense en 1898, adoptó formas hispano- y latinoamericanas, más que antillanas, pero esto no impidió que en los territorios de las potencias europeas, las ideas federativas comenzaran a tener resonancia entre las elites locales. Más aún, la partición imperialista de África a partir de 1885 renovó identidades afroamericanas y afroantillanas que tendrían una expresión destacada en el movimiento conocido como de la “negritud” (Depestre, 1987).

En ese sentido, la primera influencia disgregadora de las relaciones intercaribeñas es la de las diferencias culturales que, más allá de los problemas lingüísticos, tienen raíces etnoraciales (Serbin, 1993). La segunda y más importante de esas influencias es el imperialismo capitalista avanzado. En el último tercio del siglo pasado, a partir de las transformaciones en la industria azucarera, la transportación y las comunicaciones, se fueron debilitando comunicaciones e identidades centenarias (Moreno Fragnals, 1983). Ese “nuevo” imperialismo desintegró, entonces, una región contradictoriamente integrada entre los siglos *xvii* y *xix* por la plantación esclavista y las rivalidades del imperialismo mercantilista.

Ambas influencias siguen operando en la dinámica de las relaciones internacionales en la región. Se ha afirmado, con razón, que la cooperación en el Caribe se ha producido como iniciativa de los imperios o de frente a ellos, pero nunca ajena a las potencias hegemónicas. Al mismo tiempo, el auge de la descolonización y el nacionalismo —originalmente favorable a la cooperación— terminó generando el efecto centrífugo de las identidades y proyectos nacionales recelosos de influencias externas que les resulten ajenas (Jácome, 1994).

La Segunda Guerra Mundial y el auge latinoamericanista

Para generar un apoyo proporcional a esa escala, los gobernantes aliados —sobre todo Estados Unidos y Gran Bretaña— fomentaron en la Carta del Atlántico la idea de que se combatía por la democracia, el desarrollo (que todavía no tenía ese nombre) y la autodeterminación de los pueblos. Tales objetivos provocaron grandes expectativas, sobre todo en los pueblos coloniales. Frente a la crisis del sistema capitalista mundial, éstos reclamaban de modos muy diversos las libertades y beneficios que —presumiblemente— gozaban los pueblos de los países centrales.

Aunque se vieron indirectamente afectadas por la guerra, fuerzas muy variadas en las repúblicas del Caribe aprovecharon la coyuntura para reclamar nuevas relaciones humanas. En América Latina, la Gran Depresión de los años treinta generó un desafío a las oligarquías tradicionales y al imperialismo, mismo que se ha caracterizado como populismo. Acelerados por la guerra, los cambios —y los discursos que justificaban la planificación económica— se generalizaron en la región. Al finalizar el conflicto, Washington intentó reafirmar a América Latina como una esfera de influencia indisputada. Pero las fuerzas de cambio adoptaron el desarrollo económico como la consigna impugnadora de toda hegemonía, buscando mantener su independencia de los “bloques de poder” que emergieron en la Guerra Fría (Silva Michelena, 1981, 18-23).

De ahí que, entre 1947 y 1948, las repúblicas antillanas participaran de los esfuerzos de los gobiernos latinoamericanos por sustituir el panamericanismo unilateral de la Doctrina Monroe con unas relaciones interamericanas multilaterales. Como una concesión a esos esfuerzos, y en el contexto de la Guerra Fría, se aprobó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y se creó la Organización de Estados Americanos (OEA). No fue posible alcanzar un acuerdo económico en la OEA, pero la región obtuvo en Naciones Unidas una Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Los primeros documentos de la CEPAL explicaron los problemas del desarrollo como un conflicto entre “centro” y “periferia” por el deterioro de los términos de intercambio (Gaztambide, 1986 y 2000).

De frente a las protestas y maniobras de Washington, la región decidió que la CEPAL sería el mejor foro para representar sus intereses, no así el Consejo Económico y Social de la OEA. Esta fue la primera ocasión en que la identidad latinoamericana logró “su primera legitimación insti-

tucional” (Giménez, 1990). Como mecanismo complementario al interamericanismo, se optaba entonces por la regionalización y, por ende, por la identidad latinoamericana.

En parte como reacción a las ideas y tendencias representadas por la CEPAL, el gobierno del presidente Harry S. Truman anunció en su discurso inaugural de 1949 un programa de cooperación técnica internacional que se conocería como el Punto Cuarto. A partir del año siguiente, Truman comenzó a articular una nueva política hacia América Latina, bautizada en 1954 por su sucesor, Dwight D. Eisenhower, como “política del buen socio”. En adelante, Washington afirmaría su hegemonía y procuraría una consistencia en las relaciones económicas en lugar de la flexibilidad del buen vecino. Incapaz de legitimar en la OEA su hegemonía económica, el buen socio favorecería las relaciones bilaterales en pro de sus objetivos económicos y de una estabilidad política. Esto llevaría a un renovado intervencionismo y a la tolerancia, si no apoyo abierto, de regímenes dictatoriales (Gaztambide, 1991).

II. IDENTIDADES Y COOPERACIÓN EN EL CARIBE COLONIAL HASTA LOS SESENTA

La Comisión Anglo-Americana del Caribe en 1942 fue la primera institución en la que antillanos y *West Indians* se encontraron bajo la identidad común de caribeños. La iniciativa fue de Charles W. Taussig, presidente del American Molasses Company de Nueva York, pero la motivación surgió igualmente de los intereses geopolíticos dictados por la Segunda Guerra. En primer lugar, las Antillas británicas cobraron especial interés por las bases aéreas y navales obtenidas en 1940 a cambio de destructores. En segundo lugar, toda el área fue objeto de preocupación por la amenaza al Canal de Panamá y al flujo de productos estratégicos, especialmente bauxita y petróleo, de los submarinos alemanes y de las poblaciones descontentas (García Muñoz, 1988; Gaztambide, 1989).

Al formar una comisión bilateral copresidida por Taussig y el británico Sir Frank Stockdale, el gobierno de Franklin D. Roosevelt —como demuestra Howard Johnson (1984)— se opuso a la posibilidad de ocupar las Antillas británicas. Un énfasis excesivo en las metas de Washington, sin embargo, tiende a obviar el paralelo entre Puerto Rico y las demás Antillas. En efecto, Puerto Rico —como las *West Indies*— había sufrido una crisis socioeconómica y de legitimación sociopolítica durante los

años treinta. La conflagración mundial impuso a Estados Unidos y a Gran Bretaña la liberalización de sus regímenes coloniales y abrió un espacio a variadas alternativas populistas.

Cabe destacar el papel del proyecto y la experiencia reformista en Puerto Rico en la formulación de un proyecto para el Caribe británico y viceversa. Los británicos, por cierto, fueron pioneros en referirse al “desarrollo económico de países subdesarrollados” al aprobar el *Colonial Development and Welfare Act* en 1940. Como resultado del Informe Moyne de 1938-1939, Stockdale había sido nombrado primer *Comptroller for Development and Welfare in the West Indies* y sus sucesores continuarían representando a Gran Bretaña en la Comisión.⁵

Las políticas estadounidenses para el resto del Caribe colonial y para Puerto Rico siguieron rutas paralelas. En marzo de 1946, la Comisión Anglo-Americana se transformó en Comisión del Caribe, al incorporar representaciones de Francia y Holanda. La Comisión continuó como una institución colonial, pero desde 1945 se había acordado ampliar las delegaciones a cuatro miembros para dar representación a los “nativos”. La segunda Conferencia de las Indias Occidentales —hasta entonces único foro accesible a los caribeños— sesionó simultáneamente con representación de los quince territorios bajo las cuatro potencias.⁶ En el proceso, Puerto Rico fue asumiendo una posición relativamente autónoma dentro de la Comisión y el objetivo de la autodeterminación se hizo inseparable del desarrollo.

A pesar de la amplitud de objetivos, el desarrollo económico era lo que más interesaba a los representantes de las colonias, quienes a su vez utilizarían otros foros para impulsar sus respectivas reivindicaciones políticas. Alrededor de 1950, comenzaron a surgir conflictos entre las fuerzas representadas en la Comisión. Los “nativos” eran portavoces de gobiernos cada vez más representativos y autónomos. Las potencias imperiales, por su parte, articularon modos divergentes de abordar esos reclamos de mayor gobierno propio y desarrollo económico.

⁵ Great Britain, Colonial Office, *Development and Welfare in the West Indies, 1945-46: Report by Sir John Macpherson, Comptroller for...* (Londres: His Majesty's Stationery Office, 1947, p. 1). Sobre los británicos y el desarrollo, véase, por ejemplo, la participación de economistas británicos y coloniales en los trabajos seminales en Agarwala y Singh, 1958.

⁶ “An Agreement for the Establishment of the Caribbean Commission”, reproducido en Corkran (1970, Apéndice A, pp. 213-219).

Las potencias coincidieron, además, en su resistencia a una participación más destacada de los antillanos en la Comisión, pues éstos (particularmente en la quinta Conferencia de las Indias Occidentales celebrada en Jamaica a finales de 1952), comenzaron a presionar para que la Comisión se adaptara a los cambios constitucionales en toda la región. Los puertorriqueños y caribeños neerlandeses, sobre todo, plantearon la exclusión de los gobiernos metropolitanos.

Las fuerzas que darían al traste con la Comisión serían, sin embargo, más complejas. Los puertorriqueños se moverían hacia una identidad más antillana y latinoamericanista en el contexto del Punto Cuarto y el apoyo a los movimientos democráticos. Los demás antillanos, en cambio, no tenían el mismo entusiasmo por estrechar demasiado las relaciones con Estados Unidos. Las colonias británicas, en particular, pusieron más empeño en disolver el nexa colonial y a la vez mantener una distancia prudente de la nueva metrópolis.

Estimulado por la Comisión del Caribe, se desarrolló de manera paralela el proyecto de la Federation of the West Indies. En él se combinaron fuerzas metropolitanas y antillanas, provenientes en su mayoría de las Antillas Menores. Eran los líderes y grupos que identificaban desde los años treinta el proyecto federativo con la viabilidad de mayor gobierno propio (queriendo decir tanto democratización como creciente independencia), y que habían emergido como poderosos actores al ampliarse el sufragio desde el fin de la guerra. El desigual grado en que ambos aspectos de la autodeterminación avanzaron en los diversos territorios terminaría minando el proyecto mismo (Mordecai, 1968).

Aunque de corta duración, la Federación conformó la fuerza más consistente de cooperación regional: aquella entre los territorios anglófonos. La misma se fraguó en una década, a través de tres conferencias convocadas por la metrópolis: la primera en Montego Bay, Jamaica, en 1947, y las otras dos en Londres, en 1953 y 1956. Las Bahamas y Bermuda no fueron siquiera convocadas en 1947. Los territorios continentales de la Guyana y la Honduras británicas —así como sus Islas Vírgenes— se autoexcluyeron en 1951. De modo que las largas, complejas y a veces agrias negociaciones se desarrollaron con y entre los representantes de las Antillas británicas, menos las Islas Vírgenes.

En julio de 1957, Londres aprobó —sin conceder formalmente la condición de *Dominion* (equivalente a la independencia dentro de la Mancomunidad Británica)— la Constitución de la Federación, que reunía a trece islas organizadas en diez gobiernos locales y dos subregiones: Barbados,

Jamaica, Grupo de Sotavento (*Leewards* —Antigua, Monserrat y Saint Kitts-Nevis-Anguila), Trinidad y Tobago, y Grupo de Barlovento (*Windwards* —Dominica, Granada, Santa Lucía y San Vicente).

El gobierno que con tanta pompa inauguraron era, sin embargo, sumamente débil, tanto en términos de composición, como de recursos y de las áreas de incumbencia. La constitución prohibía pertenecer simultáneamente a los parlamentos insulares y al federal; y la mayor parte de los líderes de las unidades optaron por la esfera local. Financiado escasamente por una Aportación Mandatoria de las unidades, el gobierno federal podía hacer poco más que administrar su propio funcionamiento y el del West India Regiment (a cargo de la defensa), el University College of the West Indies y el Federal Shipping Service. La Federación asumió además las funciones de la Development and Welfare Act Organization y del Regional Economic Committee (establecido en mayo de 1951), administrando también las transferencias correspondientes.⁷ Resulta notable cuántas de estas áreas estaban en curso antes de 1958 y sobrevivirían el fin de la Federación en 1962.

Una pluralidad del electorado de Jamaica rechazó su permanencia en la Federación, en septiembre de 1961, en un referéndum resultado de la propuesta pública en ese sentido de Sir Alexander Bustamante y su Jamaica Labour Party. La aceptación británica inmediata llevó a la independencia jamaicana y al fin del episodio federativo el año siguiente. Eric Williams, primer ministro de Trinidad y Tobago, mantuvo su posición de que la secesión implicaba el final, situación dramatizada por la frase: “Diez menos uno equivale a cero”, —a pesar de múltiples esfuerzos, especialmente del liderato de las islas más pequeñas.

La mayor parte de los autores señalan las diferencias entre Jamaica y Trinidad, o los recelos de la primera hacia la Federación, como la causa decisiva para el fin del proyecto. Ciertamente, la debilidad económica tenía sus raíces en la preferencia jamaicana por un sistema de libre comercio interior, como algo más compatible con sus planes de desarrollo, en oposición a una “unión aduanera” frente al resto del mundo. Trinidad, por su parte, sólo aceptaba la migración que vendría con el “libre movimiento de personas” si estaba acompañada de la unión aduanera. Pero la combinación de estos diferendos con la aceleración de la independencia, la política interna jamaicana y el deterioro de las relaciones entre los tres principales líderes “federalistas” resultó letal.

⁷ Great Britain, Colonial Office, *Development and Welfare in the West Indies, 1957: Report by Sir Stephen Luke, Comptroller for...* (Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1958, pp. 5-12).

Los tres factores señalados apuntan hacia el efecto centrífugo del desarrollo de identidades y proyectos “nacionales” recelosos de influencias externas que les resulten ajenos. No se debe subestimar, por ejemplo, el peso de la preferencia del doctor Williams por un esquema federativo fuerte en contraste con las inclinaciones minimalistas del “federalista” jamaicano Norman Manley. Según un partícipe convertido en uno de sus principales estudiosos (Mordecai, 1968, 30):

Thus when the Federation was created in 1958, it was for the Eastern Caribbean the fulfillment of the political ambitions of forty years, backed by much sentiment and propaganda, whereas in Jamaica it was still a recent and strange idea, hardly a dozen years old, which had not yet sunk into the popular subconscious.

Mientras tanto, le tomó a las susodichas “cuatro potencias” más de tres años moverse hacia la transformación de la Comisión del Caribe en una institución “menos colonial”. Irónicamente, la transformación de la Comisión en la Organización del Caribe siguió siendo un acuerdo de las metrópolis, suscrito en Washington en junio de 1960 y puesto en vigor en San Juan de Puerto Rico en septiembre de 1961.⁸ Con la sede en esa misma capital, pero manteniendo al martiniqués Clovis F. Beauregard como secretario general, el Caribbean Council de la Organización sesionó con representación de los Departamentos franceses de Guyana, Guadalupe y Martinica, las Antillas Neerlandesas, Surinam, Guyana (todavía Británica), las Islas Vírgenes Británicas y “de los Estados Unidos”, las West Indies y Puerto Rico.

Con la desaparición de la Federación al año siguiente y la ausencia subsiguiente de Jamaica y Trinidad, el intento estaba condenado al fracaso. Para 1964, aparecían las diez islas menores de la Federación como “observadores especiales” y las Bahamas y la Honduras Británica como “miembros prospectivos”.⁹ Previa notificación del retiro de Guyana, Surinam y, sobre todo, Puerto Rico, la quinta reunión, celebrada en Curaçao a finales de ese año, decidió la disolución.

⁸ “Agreement for the Establishment of the Caribbean Organization and Annexed Statute of the Caribbean Organization, signed at Washington, 21st June 1960, and into force September 1961”, en Preiswerk (1970, 242-250). También en Corkran (1970, Apéndices C y D, 224-234).

⁹ Caribbean Organization, *The Caribbean Organization-The First Three Years: 1961-1964* (Hato Rey, Secretariat of..., 1964, p. 29).

El gobierno de Puerto Rico había anunciado su intención de continuar los esfuerzos a través de la Corporación del Desarrollo Económico del Caribe (Codeca), creada por ley en junio de 1965, y de un esquema de “cooperación informal”, esto es, sin la participación de las metrópolis.¹⁰ Codeca sucumbió ante la elección en Puerto Rico, en 1968, de un gobierno desinteresado en el Caribe, pero la biblioteca y documentación acumuladas desde la Comisión Anglo-Americana se conservan en la Biblioteca Regional del Caribe de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras.

En el Commonwealth Caribbean también continuaron los esfuerzos de cooperación. En contraste con la Comisión, sin embargo, la Federación tuvo un impacto que perdura hasta hoy. Contradictoriamente, su herencia más duradera fue tal vez la consolidación de una identidad West Indian —casi inexistente al comienzo de este periodo— que a su vez hizo suya la caribeña. Contribuyeron a este proceso las instituciones de cooperación que sobrevivieron, como el Servicio Meteorológico del Caribe y la West Indies Shipping Corporation (WISCO). Por sus implicaciones en la formación de las elites intelectuales y profesionales, la más importante es la University of the West Indies, que consolidó en 1962 los programas localizados en Mona, Jamaica, con aquellos en St. Augustine, Trinidad, y añadió luego otra sede principal en Cave Hill, Barbados.

III. LA MULTIPLICACIÓN DE IDENTIDADES EN LOS SESENTA Y SETENTA: LAS REVOLUCIONES CUBANA Y CULTURAL

Mientras el Caribe colonial cooperaba por el desarrollo y la autodeterminación, el resto de la cuenca sería asolada por un rosario de dictadores en las repúblicas antillanas, Centroamérica y los países continentales. Desde 1948, una fluida Legión del Caribe se había prestigiado por el triunfo de la lucha antidictatorial encabezada por José Figueres en Costa Rica, estimulada también por los gobiernos —entonces democracias representativas— de Cuba, Guatemala y Venezuela (Ameringer, 1974). Otra identidad caribeña, más allá de la insular que presuponía la Comisión del Caribe, emanaba de la región.

¹⁰ “Act creating the Caribbean Development Corporation, 1965” y “Plan for Informal Cooperation in the Caribbean, submitted by the Government of Puerto Rico to the Conference on Economic Coordination in the Caribbean, Puerto Rico, May 1965”, en Preiswerk (1970, pp.253-260).

Ya en 1945, el colombiano Germán Arciniegas había publicado una primera *Biografía del Caribe* hasta la toma del Canal de Panamá. Lo que hoy se llama cuenca del Caribe o Gran Caribe, sin embargo, tardaría todavía algunas décadas en convertirse en proyecto de identidad regional, producto de iniciativas tanto externas como internas. Mientras tanto, la región vería una proliferación de identidades: por una parte el auge de la latinoamericana, por otra la multiplicación de identidades nacionales producto de la descolonización y finalmente las múltiples identidades transnacionales estimuladas por una revolución cultural mundial.

Al momento de proclamarse en 1954, la política del buen socio se concibió como un apoyo a los dictadores incondicionales a Estados Unidos y como una agresiva oposición a la participación gubernamental y a la cooperación internacional para el desarrollo. En la medida en que las dictaduras representaban variadas resistencias de las oligarquías tradicionales, la lucha por la democracia se hizo también inseparable de aquella por el desarrollo económico. Aunque nunca del todo incondicionales —y hasta embarcados en algún tipo de industrialización sustitutiva—, los gobiernos de Cuba, Haití y la República Dominicana adoptaron una postura de discreto apoyo a Washington en la OEA y en los debates en torno a la CEPAL (Gaztambide, 1991, 31-36).

En ese contexto, Puerto Rico asumió la imagen de un oasis democrático y desarrollista. El gobierno acogió al líder venezolano exilado Rómulo Betancourt, a quien el gobierno de Estados Unidos había forzado a salir de la Costa Rica de Figueres, y Muñoz Marín cultivó la amistad de ambos en lo que luego se llamaría la Izquierda Democrática. Al mismo tiempo, la nueva elite disimulaba poco su antipatía por los gobiernos de Fulgencio Batista en Cuba y Rafael Leonidas Trujillo en la República Dominicana y apoyaba a los exilados que luchaban por derrocarlos. Por otro lado, la destacada labor del gobierno y de la planificación económica en los proyectos puertorriqueños y en el Punto Cuarto también parecían ir contra el grano de la política metropolitana.

El contradictorio impacto de la Revolución Cubana

La lucha por la democracia y el desarrollo tomarían de la CEPAL y de su enfrentamiento imaginario con Norteamérica una identidad eminentemente latinoamericana. En ese ambiente se produjo la Revolución Cubana de 1959, que devolvió al Caribe un protagonismo en la escena

internacional como no había tenido por casi doscientos años. Irónicamente, el gobierno revolucionario adoptó y promovió las identidades latinoamericana y tercermundista sobre cualquier variante de las identidades caribeñas, aunque ha sostenido una muy intensa y consistente relación con parte del Caribe. En este y otros sentidos, su impacto sería no sólo centrífugo sino polarizador de las relaciones internacionales en la región. En otros casos, Cuba estableció y promovió nuevos tipos y principios de cooperación regional.

Al igual que la Alianza para el Progreso de 1961, la Revolución Cubana sería expresión y resultado de la crisis de la política de Estados Unidos. Coincidiendo con —y tal vez agudizando— el fin de las primeras iniciativas de cooperación, terminarían cancelando el potencial de cooperación de la OEA. Para ambas, además, el Caribe sería el principal escenario, pues las precipitaron la caída de dos dictadores apoyados por Washington: Marcos Pérez Jiménez de Venezuela, en enero de 1958, y Fulgencio Batista de Cuba, en enero de 1959.

La Izquierda Democrática del Caribe, por el contrario, se fortaleció con el desprestigio socioeconómico de los dictadores y el apoyo de las crecientes burguesías asociadas. Al mismo tiempo, la reputación de la CEPAL creció, ya que su apoyo más sistemático venía de los regímenes populistas y democráticos de Suramérica y sus análisis parecían explicar precisamente lo que estaba ocurriendo. El proceso que siguió completaría la transición a la segunda etapa, la etapa desarrollista del buen socio, ahora con el nombre de Alianza para el Progreso (Gaztambide, 1991).

En este primer pacto desarrollista, la elite de la política exterior estadounidense se identificaría con la industrialización apoyada tanto por los estados individuales como por los esfuerzos multilaterales. A cambio, las burguesías latinoamericanas aceptarían una mayor participación del capital privado estadounidense en el proceso. No obstante, Washington pretendería todavía vender el “modelo puertorriqueño” de expansión irrestricta de su economía.

Otro elemento caribeño de la Alianza fue el papel protagónico de Puerto Rico, con los nombramientos de Teodoro Moscoso como embajador de Estados Unidos en Venezuela y, posteriormente, como coordinador de la Alianza, y de Arturo Morales Carrión, como secretario auxiliar adjunto de Estado (Deputy Assistant Secretary of State) para Asuntos Interamericanos. Esta excesiva “puertorriqueñización” del proyecto revelaba los límites de las concesiones estadounidenses y por lo tanto limitó su efecto más allá de la cuenca del Caribe.

Finalmente, el papel de la República Dominicana, en el transcurso y fin de este brevísimo episodio de cooperación interamericana por la democracia y el desarrollo, completa el cuadro de protagonismo caribeño. El aislamiento de la dictadura de Trujillo y el apoyo posterior al gobierno electo del profesor Juan Bosch fueron el principal símbolo del compromiso de la Alianza con la democracia. El rápido derrocamiento de Bosch y la posterior cooperación de la OEA en la invasión de Estados Unidos a Santo Domingo en 1965, marcaron el fin del episodio y de la OEA como mecanismo efectivo de cooperación (Pierre-Charles, 1981, 141-251; Aguilar, 1968, capítulos 9 al 11).

La consolidación de otro régimen dictatorial, el de François Duvalier en Haití, completó el efecto centrífugo de la Revolución Cubana sobre las repúblicas antillanas e imposibilitó por décadas la cooperación entre sus gobiernos. Tanto más cuando, en su primera década, la política internacional de Cuba enfatizó el apoyo a los movimientos guerrilleros y otros grupos contestatarios de los poderes establecidos. Contradictoriamente, esa misma política fomentó la cooperación entre fuerzas no gubernamentales y otras iniciativas de Cuba la estimularían en áreas como la cultura, la salud y el deporte, en las que mantendría y hasta ampliaría su cooperación con otras sociedades antillanas. Esto ocurriría sobre todo a partir de 1968, cuando la revolución cultural y el debilitamiento relativo de la hegemonía estadounidense coincidieron con el comienzo de la institucionalización en Cuba y una política internacional más tercermundista —y de paso caribeñista— que revolucionaria (González Núñez, 1991).

La más temprana y sintomática de estas iniciativas fue la Casa de las Américas, dedicada desde 1959 a la cooperación literaria y cultural. En los años setenta, por ejemplo, el concurso literario anual de la Casa incorporó categorías de literatura anglófona, francesa y creole. Se ampliaron también las instituciones de identidad caribeña, como la Casa del Caribe, en Santiago de Cuba y sus Festivales de la Cultura del Caribe, celebrados desde 1981.

En el campo de los deportes, La Habana había sido sede en 1930 de los primeros Juegos Centroamericanos y del Caribe. A partir de la creación de la Organización Deportiva Centroamericana y del Caribe (Odecabe) en 1960 y de los novenos juegos, celebrados en Jamaica en 1962, Cuba se convirtió en una potencia en esta área, donde afectó menos el efecto polarizador. Más sensible resultó con la ausencia de Cuba de la cooperación en el béisbol profesional, articulada desde 1949 en las “Series del

Caribe”. Valga notar cómo, en ambos casos, se adoptó una identidad internacional más allá de lo insular, aunque sólo en el segundo caso exclusivamente caribeña.

En los años setenta, el gobierno de Cuba estableció becas y otras colaboraciones deportivas (hasta con Puerto Rico) y, con países más afines, cooperaba en los campos de la ciencia y la salud. Un ingrediente importante de esta moderación y caribeñización de Cuba fue el establecimiento de relaciones diplomáticas con las nuevas repúblicas. Los gobiernos de Barbados, Guyana, Jamaica y Trinidad y Tobago —actuando concertadamente— establecieron relaciones diplomáticas con Cuba a finales de 1972, seguidos por el de las Bahamas en 1974 y los de Suriname y Santa Lucía en 1979.

Aunque sus niveles de cooperación con Cuba variaron, los primeros cuatro contribuyeron también al fin de la prohibición de la OEA de las relaciones entre sus miembros y Cuba, permitiendo la reanudación de relaciones diplomáticas con varios estados americanos.

A lo largo de este proceso, Cuba mantuvo el principio de la solidaridad en las relaciones internacionales, continuando sus vínculos con grupos nacionalistas en las colonias y con activistas contestatarios en las repúblicas. Expresión de ese principio fue también el apoyo a los países, independientemente de sus regímenes políticos, ante desastres naturales como terremotos y huracanes.

La revolución cultural mundial

Este tercermundismo cubano era a su vez reflejo de un proceso internacional más amplio, ya mencionado, del cual la Cuba revolucionaria era parte y símbolo: la revolución cultural mundial (Gaztambide, 1996b; Hobsbawm, 1996, capítulo 11). Durante el último cuarto de siglo, se ha transformado el sentido común sobre las relaciones más importantes para la convivencia humana. Es decir, ha cambiado radicalmente el discurso predominante sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres, los padres y los hijos, el Estado y el individuo y, en fin, entre los poderosos y los débiles. Aún más importante, va cambiando la visión de la relación entre los seres humanos y el resto de la naturaleza.

Por “sentido común” quiero decir la manera en que piensa, si no la mayoría, un sector decisivo de la población, encarnada en los discursos, el imaginario social, la visión de mundo que han terminado asumiendo

los medios de comunicación, las organizaciones internacionales, la mayoría de los gobiernos y sus sistemas educativos y, sobre todo, los creadores y creadoras del mundo de las artes. Así lo evocó la escritora puertorriqueña Ana Lydia Vega (1989, 22):

Los años sesenta [...] marcan una verdadera revolución ideológica en el mundo [...] La Guerra de Vietnam, el feminismo, las protestas estudiantiles, las revueltas en los ghettos negros de Estados Unidos, las independencias africanas y la Revolución Cubana son sólo algunos de los eventos hecatómicos que transforman el panorama intelectual de la isla.

Las fuerzas de cambio, los protagonistas de los “eventos hecatómicos” que menciona Vega, fueron las mujeres, los jóvenes urbanos, los grupos y sociedades etnoculturalmente subordinados, y los disidentes y perseguidos de todo tipo. Se rebelaron contra la vacuidad —para la mayoría de la humanidad— de las promesas del “progreso” capitalista y patriarcal, contra las elites de poder modernas que negaban en la práctica sus principios fundacionales aun en algunos países socialistas.

De manera reveladora, la revolución comenzó en Estados Unidos. El movimiento afroamericano de derechos civiles abonó tanto a un feminismo renacido como al movimiento estudiantil contra la Guerra de Vietnam, pasando por los hippies y la cultura de la droga, hasta culminar en las rebeliones del poder negro y otros grupos etnoculturalmente subordinados (nativos, chicanos y puertorriqueños). El *rock and roll*, su principal expresión musical, también nació allí, de ascendencia afroamericana. En 1968 se produjeron el intento liberalizador del socialismo real conocido como la Primavera de Praga y, en el verano, las emblemáticas rebeliones estudiantiles de París y la Ciudad de México, todas ahogadas a sangre y fuego. Ernesto *Che* Guevara encarnó entonces el desinteresado sacrificio por la humanidad doliente; Vietnam y Cuba focalizaron las resistencias.

En resumen, se crearon y recrearon múltiples identidades transnacionales y entre ellas las etnoculturales (incluyendo raciales), las sexuales, las generacionales y las clasistas. Se estimularon también las identidades internacionales, en nuestro caso antillanas, caribeñas, latinoamericanas, tercermundistas, etcétera. Contradictoriamente, el alto componente antiimperialista y antioccidentalista de la revolución cultural reforzó las identidades nacionales con el nacionalismo revolucionario de izquierda que Cuba abandera todavía, sobre todo en América.

Simultáneamente, y estimuladas también por el apoyo de la ONU a las organizaciones no gubernamentales (ONG), surgieron en los años setenta nuevas fuerzas de cooperación regional. Los movimientos por la paz, la protección del medio ambiente y la conservación de los recursos naturales comenzaron a organizarse a escala regional (Serbin, 1992). Se dieron asimismo contactos y organizaciones de mujeres, jóvenes y estudiantes, y se desataron nuevas fuerzas culturales como la *Salsa* del mundo cultural hispanohablante y el *Reggae* del anglófono. Entre éstas, valga destacar también las agrupaciones de profesionales e intelectuales que se organizaron bajo una identidad caribeña, como la Asociación de Estudios del Caribe (CSA) y la Asociación de Historiadores del Caribe (ACH), fundadas ambas en Puerto Rico en 1974 y 1978, respectivamente.

Entre las ONG, cobraron particular impulso y ascendencia una fuerza de larga tradición: las religiones y sus iglesias. Uno de sus estudiosos resume el espíritu de la época (Cuthbert, 1986, 1):

The decade of the 1970s was for the Caribbean a period of rapid social change. A number of Caribbean regional institutions, including the Caribbean Conference of Churches (CCC), were developed during this decade and with them came the promise of fruitful, though unfamiliar, co-operation among Caribbean societies. A growing sense of self-worth among newly independent Caribbean people after centuries of colonial domination was fueled by widespread international preoccupation with the issues of justice and human rights. A new awareness of a common destiny for Caribbean people determined largely by geography and culture began to dawn on Caribbean politicians... The revolution that had taken place in the communication media, most aptly symbolized in the portable transistor radio, resulted in the masses of the Caribbean people being better informed and more politicized than ever before.

Nótese que, en medio de toda la diversificación de identidades y de la complejidad de la época, las identidades caribeñas adquirieron una base social más allá de las elites políticas.

IV. AUGE DE LA IDENTIDAD *WEST INDIAN*: DE LA CARIFTA A LA CARICOM

Todas las fuerzas reseñadas en el apartado anterior —y en particular la descolonización y el tercermundismo— le dieron ímpetu al imaginario

y los discursos del desarrollo económico. Esto llevó, por ejemplo, a que la ONU proclamara los años sesenta como la “década del desarrollo” y a potenciar las instituciones internacionales envueltas en su promoción. Con el éxito del Mercado Común Europeo —y sus amenazas potenciales para los antiguos territorios coloniales— se prestigiaron también los esquemas integracionistas, traducidos en América en el Área de Libre Comercio de América Latina y en el Mercado Común Centroamericano.

Las fuerzas que llevaron al Commonwealth Caribbean por la ruta integracionista eran también internas y explican su éxito y continuidad. Tal vez la más notable sea el liderato de Eric Williams. Siendo uno de los primeros en adoptar una identidad caribeña más que *West Indian*, Williams (1942, 104) había propuesto —en relación con la Comisión Anglo-Americana— “*an economic federation of all the Caribbean areas*,” refiriéndose a lo que hoy llamamos Caribe insular. Combinado con su defensa de una Federación anglófona más fuerte —y ante el fracaso de ésta—, reiteró el objetivo en 1962 con la idea de una Comunidad Económica del Caribe (Williams, 1971, 286-288).

Una de sus variadas iniciativas fue la convocatoria a la Primera Conferencia de Jefes de Gobierno, en Puerto España, en julio de 1963, ahí incorporó a los cuatro que ya tenían gobierno propio (Barbados, Guyana, Jamaica y Trinidad), de los que ya se hablaba como los “Big Four” (en oposición a los “Little Eight” de la Federación). Esa primera y las dos conferencias subsiguientes —Jamaica en 1964 y Guyana en 1965— avanzaron un poco más allá de mantener los espacios de cooperación, aun cuando en parte se habían visto atravesadas por el turbulento camino a la independencia de Guayana.

Hacia 1967, por el contrario, todo tipo de voluntades contribuyeron a un ímpetu integracionista. En julio de 1965 —aun antes de que Barbados y Guyana transitaran a la independencia completa en 1966— el primer ministro guyanés, Forbes Burnham, acordó con el de la primera, Errol Barrow, y el de Antigua, Vere Bird, la creación de una *Caribbean Free Trade Association* (Carifta). La iniciativa se quedó sin implementar hasta que —según Anthony Payne— una misión de la *Incorporated Chambers of Industry and Commerce of the Caribbean* que recorrió la región entre septiembre y octubre de 1966 “tuvo un efecto catalítico sobre los gobiernos” (1980, 70). Precedida de una reunión de expertos en Guyana en agosto de 1967, la Cuarta Conferencia de Jefes de Gobierno —reunida en Barbados en octubre del mismo año— adoptó el acuerdo de Carifta

como la base para establecer el “comercio libre” en la región a partir del año siguiente.¹¹

Para el 1o. de agosto de 1968, los diez territorios de la Federación y Guyana comenzaron a “integrarse” económicamente a través de la Carifta. Comenzaron en mayo los tres proponentes originales y Trinidad y Tobago. Los ahora “estados asociados” de Dominica, Granada, Santa Lucía, San Vicente y Saint Kitts-Nevis-Anguila —luego de constituirse en junio con Antigua y Monserrat como Mercado Común del Caribe Oriental (ECCM)¹² y favorecidos por el acuerdo como Países Menos Desarrollados (LDC, por sus siglas en inglés)— se unieron en julio. Monserrat —todavía colonia británica— y la siempre reacia Jamaica, completaron los once.

La renuencia jamaicana resulta irónica pues la Carifta parecía reivindicar su postura de la época de la Federación: área de libre comercio más que unión aduanera o mercado común y —como se ocupó de puntualizar el gobierno— cooperación pero no integración. Jamaica objetaba, sin embargo, la localización de una de las otras dos instituciones que se crearon a la vez que la Carifta: el Banco del Desarrollo del Caribe. Más prometedora resultaba la segunda institución: el Secretariado Regional del Commonwealth Caribbean, establecido en Georgetown, Guyana.

A los cuatro años de establecida, la Carifta era un éxito desde el punto de vista del aumento del comercio entre los territorios participantes. La antigua Honduras Británica, ahora Belice, había ingresado en mayo de 1971. No obstante, los mayores beneficiados habían sido los Países Más Desarrollados (MDC, por sus siglas en inglés), lo que provocó el descontento de los LDC. Este descontento, combinado con la ya consistente renuencia jamaicana, tenía estancado cualquier esfuerzo hacia una mayor integración. Las divisiones se agudizaron con las diversas aproximaciones al inminente ingreso de Gran Bretaña a la Comunidad Económica Europea.

Esta última circunstancia, aunada a los beneficios del libre comercio y el auge del tercermundismo desde 1970, nutrieron la fuerza que

¹¹ “The Caribbean Free Trade Association (Carifta) Agreement and Related Documents, 1968”, en Preiswerk (1970, 412-445); véase también Apéndice A: “Resolution adopted by Fourth Heads of Government Conference on Regional Integration”, *Ibid.*, 430-431.

¹² “Agreement for the Establishment of an East Caribbean Common Market, 11th June 1968”, en Preiswerk (1970, 463-480).

permitiría un salto hacia la integración regional: un dramático viraje de Jamaica. Motorizó ese viraje el regreso al gobierno —tras una amplia victoria electoral— del People's National Party (PNP), ahora bajo el liderazgo de Michael Manley. Adoptando un fuerte discurso tercermundista, el gobierno encabezado por Manley abrazó la causa integracionista.

El liderazgo del Secretariado Regional, expresado en un folleto titulado *From Carifta to Caribbean Community*,¹³ contribuyó también a que la Séptima Conferencia de Jefes de Gobierno, reunida en Trinidad en octubre de 1972, se pronunciara a favor de un mercado común y de una “Comunidad del Caribe” que incorporara la coordinación de políticas exteriores y una mayor cooperación funcional para mayo del año siguiente. A pesar de las múltiples objeciones de los LDC, la Octava Conferencia de Jefes de Gobierno, reunida en Guyana en abril de 1973, aprobó el Georgetown Accord que —entre otras concesiones— aplazaba el comienzo para los MDC hasta agosto y hasta mayo de 1974 para los LDC.¹⁴ Aun así, los gobiernos de Antigua y Monserrat postergaron su decisión.

El 4 de julio de 1973, cuatro de los actores más representativos de este proceso —Errol Barrow de Barbados, Forbes Burnham de Guayana, Michael Manley de Jamaica y Eric Williams de Trinidad y Tobago— firmaron en Trinidad el Tratado de Chaguaramas, que establecía la Comunidad y Mercado Común del Caribe (Caricom).¹⁵ Todos los LDC se unieron al año siguiente.

La Caricom mantendría la Conferencia de Jefes de Gobierno como organismo máximo, el Secretariado —ahora de la Comunidad— y el Consejo de Ministros —ahora del Mercado Común—. El aspecto más novedoso de la Comunidad radicaba en la coordinación de políticas exteriores. Desde la Séptima Conferencia, en 1972, los jefes de Estado de los países independientes habían decidido establecer relaciones diplomáticas con Cuba. A partir de 1973, lograron negociar con la Comunidad Económica Europea (CEE) a nombre de toda la comunidad y culminaron en febrero de 1975 con la Convención de Lomé, entre la CEE y los antiguos territorios de África, el Caribe y el Pacífico.

¹³ Georgetown: Commonwealth Caribbean Regional Secretariat, 1972.

¹⁴ Caribbean Community Secretariat, *The Georgetown Accord*, 12 April 1973, mimeo [1973]; también reproducido en Caribbean Community Secretariat, *The Caribbean Community: A Guide*, Georgetown, 1973, pp. 93-97.

¹⁵ *Treaty Establishing the Caribbean Community* [Georgetown: Caribbean Community Secretariat, 1973].

Irónicamente, las fuerzas que revitalizaron la cooperación y embarcaron a la región por la ruta integracionista respondían en parte a un fortalecimiento de una identidad West Indian, pero asumieron entonces la más amplia de Caribe. Como había ocurrido antes, sin embargo, los mismos impulsos que en un momento resultaban centrípetos se tornarían centrífugos. A mediados de la década de los setenta, viejas y nuevas influencias llevarían a redefinir el ámbito caribeño y, por lo tanto, el de la cooperación regional.

V. LAS IDENTIDADES INTERNACIONALES Y LA REDEFINICIÓN DE LA REGIÓN EN LOS OCHENTA Y LOS NOVENTA

El auge del movimiento tercermundista, y específicamente el Movimiento de Países No Alineados, contribuyó a que perdieran terreno las identidades y proyectos regionales como se habían definido hasta entonces. El liderazgo de Cuba y el activismo de Guyana en los No Alineados, así como la política del primero en África, debilitaron sus respectivos compromisos con la región. Al mismo tiempo, las negociaciones de varios países miembros con Venezuela, así como el acercamiento de Jamaica a México, debilitaron a la Caricom.

Los gobiernos coincidían en que se debía extender el ámbito de la cooperación, pero se fueron definiendo dos tendencias: la de privilegiar los lazos con el resto del Caribe *insular* y la de procurarlos también con el resto de los países alrededor de la cuenca del mar Caribe. Por una parte, la Caricom estableció representación oficial ante el Mercado Común Centroamericano y el Pacto Andino y obtuvo un aumento de su comercio con América Latina. La primera tendencia, impulsada por el gobierno del Dr. Eric Williams, prevaleció inicialmente con el apoyo de aquellos que tendían a excluir al *Commonwealth Caribbean* de América Latina.

La CEPAL, aunque incluyó desde el principio a las repúblicas antillanas y a las potencias coloniales, había abierto desde 1966 una oficina subregional en Puerto España para atender a las nuevas repúblicas anglófonas y a la Carifta. En mayo de 1975, la CEPAL estableció —con la oposición de Estados Unidos y cualificaciones de las demás potencias coloniales— el Comité de Desarrollo y Cooperación del Caribe (CDCC). Formaban el CDCC los ministros de economía de los gobiernos “*of the countries within the*

*sphere of action of the ECLA office in Port of Spain and the Governments of Cuba, Haiti and the Dominican Republic and other Caribbean countries as they achieve independence...*¹⁶

Para la década siguiente, el CDCC había incorporado como “miembros asociados” a varios territorios no independientes: las Antillas Neerlandesas, las Islas Vírgenes Británicas y las de los Estados Unidos. Para ese entonces, la CEPAL había ratificado la tendencia cambiando su nombre por Comisión Económica para América Latina y *el Caribe* (CEPALC). En 1991, Puerto Rico ingresó al CDCC, pero ya entonces múltiples fuerzas habían movido a la región en dirección contraria.

Durante los años ochenta, América Latina se consolidó como la parte americana del llamado Tercer Mundo, alejándose del carácter presumiblemente cultural que le dio origen. En primer lugar, la llamada “crisis de la deuda externa” tuvo el efecto contradictorio de acabar con el optimismo de la industrialización sustitutiva cepalista a la vez que ratificaba la condición subdesarrollada de la región. Al mismo tiempo, aunque los logros económicos del gobierno militar de Chile abonaron el auge posterior del neoliberalismo, los fracasos estrepitosos de los demás gobiernos militares restablecieron la unidad entre democracia y desarrollo.

En segundo lugar, la reafirmación hegemónica de Estados Unidos en los años ochenta fomentó la idea del Caribe como una parte —un tanto *mesoamericana*— del Tercer Mundo latinoamericano. La contraofensiva estadounidense estuvo focalizada en las Antillas y Centroamérica, específicamente en Granada, Nicaragua y El Salvador. Aunque dirigida a lo que se ha llamado Caribe *geopolítico* —por cierto la definición de la región que prevalece en Estados Unidos— el gobierno del presidente Ronald Reagan bautizó su cara positiva como Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICI) (Pastor, 1992; Gautier *et al.*, 1990).

Irónicamente, la reacción regional más que la acción estadounidense constituyó la fuerza de redefinición hacia lo que se ha dado en llamar *Wider Caribbean* o Gran Caribe. Ante la crisis centroamericana, las llamadas potencias regionales (Colombia, México y Venezuela) activaron —con Panamá— sus “vocaciones caribeñas” a través del Grupo de Contadora, por la isla panameña donde se creó (de Gonzalo, 1987). Luego, se transfiguraron en “grupo de apoyo” a los países centroamericanos que

¹⁶ Resolución 358 (XVI): “Establishment of a Caribbean Development and Cooperation Committee”, 13 May 1975, in Economic Commission for Latin America, *Annual Report* (10 march 1974-6 May 1975), United Nations E/CEPAL/989/Rev. 1, pp. 156-157, 247-248.

buscaban soluciones propias bajo el nombre de Esquipulas, por la localidad —esta vez guatemalteca— de su origen. En 1989 se convirtieron en el Grupo de los Tres (G-3), coordinaban sus políticas regionales y procuraban un área de libre comercio (Briceño-Ruiz, 1997).

A finales de la década, la Caricom también se había movido tanto hacia una mayor integración entre sus miembros como a una ampliación de la integración regional más allá del Caribe *insular*. La Décima Reunión de la Conferencia de Jefes de Gobierno aprobó en Granada, en julio de 1989, la Grand Anse Declaration and Work Programme for the Advance of the Integration Movement, llamando al establecimiento de un mercado común para julio de 1993. Su decisión más trascendental resultó ser, sin embargo, el establecimiento de una Independent West Indian Commission for Advancing the Goals of the Treaty of Chaguaramas.¹⁷

Encabezado por el internacionalmente prestigioso Rector de la University of the West Indies, el guyanés Sir Shridath Ramphal, un grupo de dieciséis líderes empresariales, gubernamentales, intelectuales, obreros y religiosos trabajó por tres años —desde abril de 1990 a mayo de 1992— reuniéndose por todo el Commonwealth Caribbean, la mayor parte de la diáspora West Indian y parte del resto de la cuenca. Además de centrar sus numerosas recomendaciones en la “profundización” de la integración de la Caricom, la West Indian Commission incluyó —entre varias propuestas para “an increasingly ‘Caribbean Basin’ approach to international negotiations and development issues”— el establecimiento de una Asociación de Estados del Caribe (AEC).¹⁸

Para octubre de 1992, cuando la Reunión Especial de la Conferencia de Jefes de Gobierno —poco entusiasta respecto de profundizar su integración— hizo suya esa propuesta, muchas otras fuerzas empujaban a la región en la misma dirección. Por una parte, el escenario geopolítico se había transfigurado dramáticamente, comenzando con el fin de la Guerra Fría —que culminó en 1991 con el ocaso de la Unión Soviética— y seguido por el desencadenamiento de las múltiples transformaciones que ahora identificamos con los términos *globalización* y *neoliberalismo*. Particularmente preocupante era la tendencia simultánea hacia la liberalización comercial y la consolidación de bloques económicos, especialmente una ampliada y más integrada Unión Europea pauta-

¹⁷ West Indian Commission, *Time For Action: Report of the...*, 2nd. ed. (Kingston: The Press -UWI, 1993 - 1st. in 1992), Appendix A, pp. 525-528.

¹⁸ *Ibid.*, capítulo I y apéndices A hasta el D; capítulo 11, cita en la pág. 457.

para 1992 y el nuevo Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLC) entre Canadá, México y Estados Unidos, propuesto para 1993 (Serbin, 1996, 61-82).

Por otra parte, la interacción regional se había intensificado. Además de la República Dominicana, Haití, las Antillas Neerlandesas y Surinam —algunos de los cuales intentaban convertirse en miembros plenos— México, Puerto Rico y Venezuela fueron admitidos en 1990 como observadores en algunos de los comités de la Caricom, y las Islas Vírgenes Británicas y las Islas Turcos & Caicos como miembros asociados. Los países de Centroamérica, luego de lograr una solución regional a su crisis, también se movían hacia una mayor integración. En el contexto adicional del llamado Quinto Centenario del Descubrimiento en 1992, se multiplicaron los esfuerzos para reintegrar aún más a Cuba al movimiento regional (Serbin, 1996, 87-91, y 1994).

Finalmente, luego de discusiones formales con los gobiernos de Centroamérica en 1992 y 1993 y negociaciones bilaterales con los demás, los gobiernos de la Caricom, los del G-3 y Surinam acordaron en Puerto España en octubre de 1993, constituir la Asociación de Estados del Caribe (AEC). La Asociación se fundó en Cartagena de Indias, Colombia, el 24 de julio de 1994, “reconociendo la importancia del Mar Caribe como activo común de los pueblos del Caribe, el papel que ha desempeñado en su historia y su potencial para operar como elemento unificador de su desarrollo”. Se definió como “un organismo de consulta, concertación y cooperación” y añadió la innovación de incluir entre sus actividades “la preservación del medio ambiente y la conservación de los recursos naturales de la región, en particular del Mar Caribe.”¹⁹

La AEC se constituyó por veinticinco estados soberanos: el G-3, las cinco repúblicas de Centroamérica, los doce gobiernos independientes de la Caricom, Cuba, Haití, Panamá, la República Dominicana y Surinam, y por once “miembros asociados” adicionales: Anguila, Aruba y las Antillas Neerlandesas, Bermuda, las Islas Vírgenes Británicas, las Islas Caimán, los Departamentos Franceses (Guadalupe, Guyana y Martinica), Montserrat, las Islas Turcos & Caicos. El venezolano Simón Molina Duarte resultó electo como su primer secretario general.

¹⁹ “Convenio Constitutivo de la Asociación de Estados del Caribe”, http://www.acs-aec/major_documents.htm. Preámbulo y Artículo III. Es interesante que, en la versión en inglés, “activos” aparezca como “patrimony”.

Así, la mayor parte de los estados y territorios de la cuenca adoptaron como una de sus identidades la caribeña —estrictamente “grancaribeña”—. Irónicamente, sólo Puerto Rico y las Islas Vírgenes de los Estados Unidos —ambas participantes en los más tempranos esquemas contemporáneos de cooperación— se quedaron fuera de la AEC, presumiblemente porque Washington estaba en desacuerdo con la participación de Cuba. La ausencia de Puerto Rico contradecía el decidido empeño del gobierno encabezado por Rafael Hernández Colón, entre 1985 y 1992, de reanudar la vocación caribeña que habían abandonado en 1968. En 1993, el comienzo de un nuevo gobierno encabezado por Pedro Roselló González —otra vez, desinteresado— sólo aumentó la reticencia estadounidense.

Resulta interesante que la iniciativa tal vez más decisiva hacia la AEC —la West Indian Commission— también representara la consolidación de esa identidad, desde su controversial nombre hasta la presentación de su presidente:

Historical forces and the Caribbean Sea have divided us; yet unfolding history and the same Sea, through long centuries of struggle against uneven odds, have been steadily making us one. Now West Indians have emerged with an identity clearly recognisable not only to ourselves and our wider Caribbean but also in the world beyond the Caribbean Sea.²⁰

Todas las fuerzas mencionadas a lo largo de este artículo —las cuales contribuyeron a estos desarrollos recientes— podrían eventualmente hacer lo mismo por la identidad más amplia, “mesoamericana” de *Gran Caribe*.

De particular importancia han resultado las identidades transnacionalizadas de los años setenta, potenciadas en los noventa bajo el concepto de *sociedad civil*. No fue del todo casual que la Asociación de Estudios del Caribe (CSA), en la que participaban desde sus comienzos intelectuales de toda la cuenca, se reuniera por primera vez en Colombia en mayo de 1997. Significativamente, hablaron en la apertura la ministra de Relaciones Exteriores de Colombia y el secretario general de la AEC. El embajador Molina Duarte reiteró entonces su estrategia de desarrollar la Asociación como una alianza entre los estados, los empresarios y los intelectuales (Gaztambide, 1997).

²⁰ *Time for Action*, “Chairman’s Preface”, p. xxi.

Ya entonces estaba convocado y seis meses después, del 23 al 25 de noviembre de 1997, se celebró en Cartagena, Colombia, el 1er. Foro de la Sociedad Civil del Gran Caribe. Convergieron en su organización las relaciones transnacionales desarrolladas desde los ochenta entre los “movimientos populares” de base comunitaria y las redes académico-profesionales de apoyo a los anteriores. Tal es el caso del *Caribbean Policy Development Centre* (CPDC), con sede en Barbados, y la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), basada en Managua.

Se trataba de la iniciativa más amplia y representativa de discusión sobre la sociedad civil y la integración regional realizada hasta esa fecha (Gaztambide y Colón-Morera, 2000).

Entre otros objetivos, el Foro se propuso “promover el debate sobre los asuntos que la Sociedad Civil ve como prioridades en el proceso de Integración Regional” y “promover un mayor diálogo entre la Sociedad Civil y Entidades Gubernamentales e Intergubernamentales del Gran Caribe.” Por tal motivo, el Foro ocurrió justamente antes del Consejo de Ministros de la AEC, al que se dirigió entonces Andrés Serbin, como presidente de CRIES. En su alocución, Serbin destacó los principales logros y objetivos del Foro:

El 25 de noviembre del año en curso, 41 organizaciones, en representación de más de 800 organizaciones no-gubernamentales, movimientos sociales y centros de investigación de la región del Gran Caribe, hemos firmado en Cartagena de Indias un acta constitutiva, institucionalizando el 1er. Foro de la Sociedad Civil del Gran Caribe y dándole carácter permanente...

Los objetivos del Foro apuntan a promover los intereses y la perspectiva de la sociedad civil regional en el proceso de integración del Gran Caribe, en el marco de dos propósitos fundamentales: trabajar en la profundización de los mecanismos democráticos para participar en la toma de decisiones de carácter regional y abogar por una integración social sin exclusiones.²¹

Desde entonces, se han celebrado dos foros adicionales: en Barbados, en diciembre de 1998, y en Cancún, México, en octubre de 1999. En diciembre, la Quinta Reunión Ordinaria del Consejo de Ministros de la AEC, reunida en la Ciudad de Panamá, admitió a CRIES como uno de los dos

²¹ CRIES-INVESP, *1er. Foro de la Sociedad Civil del Gran Caribe: Documentos*, Caracas, Epsilon Libros, 1998, pp. 59-63.

primeros “actores sociales” reconocidos ante la Asociación.²² Como resultado, la identidad “grancaribeña” podría estar desarrollando una “base social” comparable a la que nutre desde los años sesenta a la West Indian.

CONCLUSIONES

Las múltiples y a menudo contradictorias identidades internacionales reseñadas han sido un factor importante en las relaciones intracaribeñas desde la Segunda Guerra Mundial. Las identidades caribeñas y los esfuerzos de cooperación regional se han apoyado y desestimulado mutuamente de maneras que habrían resultado muy difíciles predecir en cualquier etapa del proceso. Entre las muchas identidades que coexisten bajo los conceptos de Caribe y caribeño, dominan hoy las identidades West Indian y grancaribeña, pero resulta muy difícil —si no imposible— proyectar su papel a largo plazo.

Coincido con la síntesis del doctor Norman Girvan, electo en diciembre del año pasado nuevo secretario general de la AEC, en esta misma revista (1999, p. 14):

Podemos decir que tal vez los hispanos tienden a verse como caribeños y latinoamericanos; los anglófonos como caribeños y *West Indians*... La identidad puede coincidir en el nombre y estar en contradicción con el contenido. El proceso de formar una identidad caribeña psicocultural común, que trascienda las barreras del lenguaje y la etnicidad es, en el mejor de los casos, lento y desigual.

Igualmente, concluyo con Girvan (p. 31) que, en el siglo XXI, “ser regional implicará descubrirse como parte de una identidad, de un propósito, para actuar en función de un interés común,” y que “el Caribe de mañana no será exclusivamente una concepción anglófona o hispánica, y no estará atado a *un* espacio geográfico o a *una* definición.” Si esa identidad es, además, producto y expresión de unas sociedades civiles que gana poder interna e internacionalmente, tanto mejor.

ANTONIO GAZTAMBIDE-GÉIGEL
E-mail: A_Gaztambide@upr.edu

²² http://www.acs-aec.org/Ministerial/V/RepMinV_sp.htm. El otro fue la Asociación Médica del Caribe (Ameca).

FUENTES CONSULTADAS

LIBROS Y REVISTAS

- Agarwala, A.N. y S.P. Singh (selección y edición)
 1958 *The Economics of Underdevelopment: A Series of Articles and Papers*, Nueva York, Oxford University Press.
- Ameringer, Charles D.
 1974 *The Democratic Left in Exile: The Anti-Dictatorial Struggle in the Caribbean, 1945-1959*, Coral Gables, Fla., University of Miami Press.
- Aguilar Monteverde, Alonso
 1968 *El panamericanismo: de la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965, ed. rev., trad. al inglés por A. Zatz, Nueva York, Monthly Review P.
- Briceño-Ruiz, José
 1997 "Venezuela y la cuenca del Caribe en la segunda ola de la integración latinoamericana", *Revista Mexicana del Caribe*, año II, núm. 3.
- Corkran, Jr., Herbert
 1970 *Patterns of International Cooperation in the Caribbean*, Dallas, The Southern Methodist University Press.
- Cuthbert, Robert W.M.
 1986 *Ecumenism and Development: A Socio-historical Analysis of the Caribbean Conference of Churches*, Bridgetown, Barbados [the CCC].
- Depestre, René
 1987 "Saludo y despedida a la negritud", en Manuel Moreno Fraginals (ed.), *África en América Latina*, 2a. ed., México, Siglo XXI.
- García Muñiz, Humberto
 1988 *La estrategia de Estados Unidos y la militarización del Caribe: Ensayo sobre el Desarrollo Histórico de las Fuerzas de Seguridad y la Presencia Militar de Estados Unidos en el Caribe Anglóparlante*, Río Piedras, Instituto de Estudios del Caribe-UPR, Caribbean Monograph Series, núm. 16.
- Gautier Mayoral, Carmen, Ángel I. Rivera Ortiz e Idsa Alegría Ortega (comps.)
 1990 *Puerto Rico en la economía política del Caribe*, Río Piedras, Centro de Investigaciones Sociales [UPR] & Huracán.
- Gasztambide Géigel, Antonio
 1986 *The Road to Developmentalism: The Transition from the Good Neighbor to the Good Partner in U.S. Latin American Policy, 1946-1954*, tesis doctoral, Universidad de Princeton.
 1989 "Camino al desarrollismo: Puerto Rico y la Comisión del Caribe, 1946-1953", *Cuadernos del CENDES*, 12.
 1991 "Hacia una historia social de las relaciones interamericanas: el camino al desarrollismo: 1946-1960", *Revista de Ciencias Sociales*, XXX, 1-2.
 1996a "La invención del Caribe en el siglo XX (Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico)", *Revista Mexicana del Caribe*, año I, núm. 1.

- 1996b “La Revolución Cultural mundial”, en Antonio Gaztambide Géigel y Silvia Álvarez Curbelo (eds.) *Historias vivas: Historiografía puertorriqueña contemporánea*, San Juan, Historias (APH) y Postdata.
- 1997 “La *Caribbean Studies Association* y el mito fundante del Gran Caribe,” *Diálogo* (mensuario UPR), septiembre.
- 2000 “Estados Unidos, la idea del desarrollo y el Gran Caribe: los orígenes”, en Antonio Gaztambide, Juan González y Mario R. Cancel (eds.), *Cien años de sociedad: Los 98 del Gran Caribe*, San Juan, Asociación Puertorriqueña de Historiadores (APH), Ediciones Callejón.
- Gaztambide Géigel, Antonio y José Javier Colón-Morera
 2000 “Sociedad civil y relaciones internacionales: balance y proyecciones de un grupo de trabajo”, Ponencia presentada ante el 22do. Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA), Miami, 16-18 de marzo.
- Giménez, Lulú
 1990 *Caribe y América Latina*, Caracas, Monte Ávila, CELARG.
- Girvan, Norman
 1999 “Reinterpretar el Caribe,” *Revista Mexicana del Caribe*, año IV, núm. 7.
- González Nuñez, Gerardo
 1991 *El Caribe en la política exterior de Cuba (Balance de 30 años: 1959-1989)*, Santo Domingo, Centro de Investigación y Promoción Social.
- Gonzalo, Marisol de
 1987 “La significación del grupo Contadora como actor internacional”, en Andrés Serbin (comp.), *Venezuela y las relaciones internacionales en la cuenca del Caribe*, Caracas, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales [ILDIS] & Asociación Venezolana de Estudios del Caribe [AVECA].
- Hobsbawm, Eric
 1996 *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Nueva York, Vintage Books (1a. edición, Pantheon, 1994).
- Jácome, Francine
 1994 “Identidades nacionales y cooperación en la región del Caribe”, en Daniel Mato (coord.), *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Caracas, UNESCO, Nueva Sociedad.
- Johnson, Howard
 1984 “The United States and the Establishment of the Anglo-American Caribbean Commission,” *The Journal of Caribbean History*, 19, 1.
- Lewis, Gordon K.
 1968 *The Growth of the Modern West Indies*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Mato, Daniel
 1994 “Procesos de construcción de identidades transnacionales en América Latina en tiempos de globalización”, en *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Caracas, UNESCO, Nueva Sociedad.

- Mordecai, Sir John
 1968 *Federation of the West Indies*, Evanston, Ill., Northwestern University Press-George Allen & Unwin Ltd.
- Moreno Fragnals, Manuel
 1983 "Plantaciones en el Caribe: el caso Cuba-Puerto Rico-Santo Domingo (1860-1940)", en *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Crítica.
- Pastor, Robert A.
 1992 *Whirlpool: U.S. Foreign Policy toward Latin America and the Caribbean*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Payne, Anthony
 1980 *The Politics of the Caribbean Community, 1961-79: Regional Integration among New States*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Pierre-Charles, Gérard
 1981 *El Caribe Contemporáneo*, México, Siglo XXI.
- Preiswerk, Roy (ed.)
 1970 *Documents on International Relations in the Caribbean*, Río Piedras, Puerto Rico y St. Augustine, Trinidad, Institute of Caribbean Studies (UPR), Institute of International Relations (UWI).
- Serbin, Andrés (coord.)
 1992 *Medio ambiente, seguridad y cooperación regional en el Caribe*, Caracas, Instituto Venezolano de Estudios Sociales y Políticos (INVESP), CIQRO, Nueva Sociedad.
 1993 "Cultura y tensión regional en el Caribe", en Francine Jácome, coord., *Diversidad cultural y tensión regional: América Latina y el Caribe*, Caracas, INVESP, Nueva Sociedad.
 1996 *El ocaso de las islas: el Gran Caribe frente a los desafíos globales y regionales*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Serbin, Andrés y Joseph Tulchin (comps.)
 s/f *El Caribe y Cuba en la posguerra fría*, Caracas, INVESP, Nueva Sociedad.
- Silva Michelena, José Agustín
 1981 *Política y bloques de poder: crisis en el sistema mundial*, 3a. ed., México, Siglo XXI.
- Vega, Ana Lydia
 1989 "De cómo fue descubierto el Caribe y no precisamente por Cristóbal Colón", *Diálogo* (mensuario de la UPR), mayo.
- Williams, Eric
 1942 *The Negro in the Caribbean*, Washington, D.C., Associates in Negro Folk Education.
 1971 *Inward Hunger: The Education of a Prime Minister*, Chicago, The University of Chicago Press.